

INTRODUCCIÓN

América Latina encierra un misterio tanto para los académicos que llevan tiempo ocupados en su estudio como para los periodistas, turistas y otros observadores que la hayan visitado con frecuencia. Por un lado, se familiarizó pronto con la modernidad gracias a sus exportaciones a Europa. A partir de los años sesenta y setenta del siglo XIX, sus capas dirigentes participaron activamente en las modas y los debates económicos, intelectuales y artísticos del Viejo Continente, e imitaron a París y Londres como modelos para el diseño arquitectónico de sus capitales. Sin embargo, ningún Estado latinoamericano ha logrado todavía alcanzar un nivel de desarrollo comparable al de Europa occidental o Norteamérica. Una gran parte de la población (en la mayoría de los casos por encima del 50%) sigue viviendo en la pobreza, el subcontinente se ve afectado periódicamente por crisis socioeconómicas y revueltas políticas, y a las prometedoras fases de cambio siguen, casi con seguridad, el estancamiento y la resignación. Este carácter cíclico les ha valido a las naciones latinoamericanas la problemática reputación de «países emergentes a perpetuidad» (Waldmann 2010).

No han faltado intentos de resolver y explicar esta paradójica dualidad, aunque en este punto solo mencionaré las tres interpretaciones más habituales. En los años sesenta y setenta del siglo pasado surgió, desde la perspectiva económica, la llamada «teoría de la dependencia». Tomando una distancia crítica con la teoría de la modernización, predominante durante mucho tiempo, esta nueva propuesta culpaba

a las relaciones de intercambio desiguales entre los productos de los países industrializados y los de los países en desarrollo del retraso del subcontinente en el proceso de modernización. Mientras las naciones industrializadas dominantes se garantizaban los precios para sus productos en el mercado mundial, ejercían una presión sistemática sobre los precios de las materias primas de los países en desarrollo que dependían de ellas (Boeckh 2010). Desde la perspectiva de la ciencia política, los análisis del déficit se centraron en las debilidades del desarrollo estatal y de la cultura política de América Latina. El autoritarismo, el clientelismo, el nepotismo generalizado y la falta de una clase dirigente política y de un funcionariado comprometidos con el bien común habrían hecho que todas las propuestas de democratización fueran tibias desde el principio e impidieran unas reformas políticas en profundidad (Mols/Thesing 1991). Las raíces de esta incorporación fallida a la modernidad suelen buscarse en la herencia colonial de las sociedades latinoamericanas. El corporativismo anclado en el pensamiento tradicional español, así como la dependencia de los ingresos provenientes de las rentas y la explotación excesiva de los recursos naturales habrían atrofiado los estímulos productivos de grandes partes de la población latinoamericana (Wiarda 1991).

No es este el lugar para analizar en mayor profundidad estas propuestas explicativas. Tampoco se puede negar cierta plausibilidad a las tres, pero cada una de ellas se refiere a un único aspecto parcial de la problemática del desarrollo latinoamericano en su conjunto. Lo que también tienen en común las tres es una perspectiva principalmente sistémica, en la que queda abierto sobre quién y de qué forma recae la responsabilidad de estas debilidades dentro del marco estructural, así como su reflejo en determinadas prácticas sociales. Ciertamente se podría señalar a grupos profesionales concretos como creadores o perpetuadores de los déficits señalados en los distintos ámbitos, como, por ejemplo, los representantes de los partidos en la política, los intelectuales de la esfera cultural, el clero, etcétera. Sin embargo, en el mejor de los casos, estos grupos desempeñaron el rol de agentes vicarios dentro de sus ámbitos específicos de actuación y es difícil atribuirles una capacidad de decisión e influencia independientes.

Para buscar las fuerzas sociales constitutivas del desarrollo del subcontinente, habrá que mirar más allá de los esquemas funcionales habituales. Esta perspectiva deja asomar dos formaciones sociales cuyo

afán de autoconservación, normas de comportamiento e intereses han determinado de forma decisiva las sociedades latinoamericanas desde el principio y las han acompañado en su evolución: en el ámbito microsocial, la familia y, en lo que respecta a las tendencias macrosociales, las capas altas. Cualquier manual sobre historia de América Latina dirá que la familia desempeñaba una función clave ya al principio de la colonización y que ha mantenido su papel en esas sociedades hasta hoy (Milanich 2007). Algo similar sucede con la división vertical en capas sociales. Tanto en las primeras colonias como en zonas de asentamiento posteriores (por ejemplo, la Banda Oriental de la región de La Plata o las provincias remotas del noreste y noroeste de México), encontramos la pronta alianza de un núcleo de familias que se establecieron como capa alta local o provincial, y se distinguieron claramente del resto de la población, ya fueran indígenas o migrantes de etapas posteriores (Schröter 1999, p. 103 y ss.; Cramausel 1999, pp. 85 y ss.).

Este libro se ocupa de estos dos componentes básicos de las sociedades latinoamericanas, preguntándose por las redes familiares de capa alta latinoamericanas en perspectiva histórica y sociológica. Tanto por separado como en esta combinación, los dos aspectos que ocupan este estudio (familia y estratificación) no constituyen un territorio de investigación inexplorado. Dado que no son fácilmente accesibles empíricamente, el número de estudios estrictamente sobre élites y capas altas es reducido (Imaz 1964; Lipset/Solari 1967; Codato/Espinoza 2018). Por contra, historiadores y antropólogos sociales han destacado en numerosas ocasiones el papel de la familia como unidad básica de la vida social de América Latina. Las familias de capa alta en particular, y en algunos casos las redes formadas por ellas, recibieron una atención considerable desde mediados de los años setenta hasta los noventa del siglo pasado (Kuznesof/Oppenheimer 1985; Kuznesof 1989). En esas décadas surgieron excelentes estudios de caso individuales sobre estas familias durante el periodo colonial y los disturbios de las guerras de independencia, sobre las carreras familiares en los centros y las periferias en las convulsas políticas del siglo XIX, así como sobre el ejercicio del poder político por parte de las redes de capa alta —para entonces bautizadas como «oligarquía»— durante la *belle époque* (entre 1880 y 1925, aproximadamente). Tuvo una gran influencia la teoría de las tres generaciones de Diana Balmori, según la cual el ascenso social de grupos familiares que posteriormente alcanzaron el

prestigio y el poder se extendió a lo largo de varias generaciones y condujo, desde unos modestos inicios en el siglo XIX, a sucesivas rachas de expansión hasta la ocupación de puestos clave en la economía y en el aparato estatal hacia finales de esa centuria (Balmori 1985). Más recientemente, el interés por la historia de las familias de capa alta ha decaído, y trabajos como los de Leandro Losada y Denis Gilbert son ahora la excepción (Losada 2008, 2009; Gilbert 2017).

La referencia a Gilbert es una buena transición a mi propio estudio, que comparte con él un enfoque comparativo. Sin embargo, el trabajo de Gilbert no se limita a la comparación de varios Estados latinoamericanos durante la *belle époque* y la fase de transición posterior, sino que incluye también una investigación exhaustiva sobre algunos clanes familiares de la oligarquía peruana. Este autor no puede ofrecer nada comparable. Es cierto que, al igual que Gilbert, también he trabajado sobre América Latina durante décadas. Sin embargo, solo tengo conocimiento en primera persona sobre las coordenadas y mentalidades de antiguas familias de capa alta debido a contactos regulares con ese medio social argentino. De hecho, lo que me impulsó a emprender este estudio no fue tanto una curiosidad de profundizar en ese entorno social, sino la pregunta esbozada al principio sobre dónde se podrían encontrar los antecedentes y las causas de la persistente y aparentemente insuperable incapacidad del subcontinente para dejar de estar «en vías de desarrollo» y «en el umbral» a perpetuidad. Se trata de un intento exhaustivo de esclarecer, mediante un análisis histórico y sociológico, la participación que las familias de capa alta, unidas en redes, han tenido a corto o largo plazo en el actual estancamiento en el que ha caído América Latina.

Para una mejor comprensión de mi empresa, a continuación, se explican una serie de cuestiones de partida sobre definición, metodología y contenido. Se refieren, en primer lugar, a cuestiones conceptuales; en segundo, al enfoque elegido; en tercer lugar, a una hipótesis de partida; en cuarto, a una llamada de atención frente al sesgo y los prejuicios y, en quinto lugar, a una propuesta de clasificación.

CONSIDERACIONES CONCEPTUALES

Aunque es un fenómeno universal, no es fácil ofrecer una definición concluyente de «familia», especialmente en el caso de las familias de capa alta que, como en América Latina, tuvieron una gran importancia en el conjunto de la sociedad y desempeñaron diferentes funciones. La incertidumbre comienza ya a la hora de delimitar sus fronteras exteriores, en el intento de definir quiénes pertenecen a ella y quiénes no, algo muy relevante en el ámbito cultural hispánico, sobre todo por lo igualitario de su derecho hereditario. Las líneas de demarcación diferían de un país a otro, pero en la mayoría de los casos se distinguía entre la familia en sentido estricto y el concepto más amplio de «parentela», incluido el «compadrazgo». En el caso de la familia nuclear —tres generaciones que solían habitar en un mismo hogar hasta que los hijos alcanzaban la mayoría de edad—, solía ser decisiva la línea de sucesión masculina.

Las aspiraciones y los objetivos de las familias de capa alta clásicas giraban en torno a dos cuestiones principales. Por un lado, se preocupaban por mantener y, a ser posible, aumentar su patrimonio material. En estrecha relación con esto estaba el cuidado puesto en preservar el prestigio y el «buen nombre» de la familia entre sus pares. Los altos cargos y la función de tomar decisiones políticas, aunque eran valorados, tenían siempre una importancia secundaria. Estos dos objetivos centrales determinaban la estructura interna de las familias de capa alta y también su ritmo de vida. Contar con un gran número de descendientes, a los que se preparaba para sus futuras tareas bajo la dirección del cabeza patriarcal de la familia, dotado de facultades ilimitadas, servía al aumento del patrimonio. Aunque preferían los enlaces matrimoniales con personas de su misma capa, las familias pertenecientes a la «buena sociedad» no dudaban en casar a una de sus hijas con un individuo externo rico si era necesario para reponer capital. La celebración de todo tipo de fiestas: cumpleaños, bodas, funerales y demás ocasiones constituía el «capital simbólico» de las redes familiares tradicionales. Mediante su repetición ritual, se creaba sentido de comunidad, se desarrollaban lazos de confianza y una consciencia colectiva que también se reflejaban en la correspondiente representación externa.

Una parte casi indispensable de los bienes materiales de los que disponían las familias de capa alta eran la propiedad de tierras, de

latifundios. Hoy en día suelen ser solo una parte de una extensa masa patrimonial, pero la propiedad de una hacienda, una estancia, una finca o un fundo (las denominaciones cambian según el país o la región) tuvo su importancia durante el periodo colonial y a lo largo de todo el siglo XIX. Especialmente durante la larga fase de debilidad estatal, los extensos latifundios dispersos por el interior de las jóvenes repúblicas asumieron con frecuencia la función de instituciones sustitutivas multidimensionales. No solo proporcionaban medios de subsistencia al círculo íntimo de familiares y amigos, sino también a jornaleros y sirvientes, a veces incluso a la clientela que se extendía hasta el pueblo más cercano; además, como mantenían sus propias milicias, eran enclaves de seguridad en territorios de bandolerismo. En tercer lugar, ofrecían estabilidad interior y un sentido de pertenencia a una población desorientada por las convulsiones políticas. En otras palabras, como espacio vital independiente que cubría todas las necesidades esenciales competían con el aparato político republicano y sus instituciones que se estaban estableciendo en las ciudades.

Nuestra investigación, sin embargo, no se ocupa tanto de las familias individuales por muy destacadas que sean, sino de las redes familiares. Solo unidos, los clanes de capa alta adquirieron una importancia y una relevancia sociopolítica que les permitieron convertirse en factores significativos de poder. Las familias individuales y las redes que ellas conformaban compartían algunas características, como límites difusos y objetivos centrales similares, pero diferían significativamente entre sí en otros aspectos. Ello se debe, entre otros factores, a que cada familia extensa, considerada por sí misma, constituía una institución con fundamento legal que difícilmente podía ser anulada, mientras que las redes solo se mantenían unidas por intereses comunes y por una necesidad compartida de delimitación de las familias que las constituían frente al resto de la población. De acuerdo con su perfil de intereses, las ciudades eran el ámbito de actividad preferido de las redes, mientras que los clanes familiares individuales, como ya se ha indicado, solían adquirir especial influencia en zonas remotas, donde podían aprovechar su superioridad en prestigio y recursos a discreción.

Destacan dos características de las redes familiares. Una de ellas es su tenacidad y persistencia durante largos periodos de tiempo. Su rol y relevancia social general apenas se veían afectados, aunque hubiera

familias individuales que las abandonaran o se integraran otras nuevas. Eran por tanto extremadamente estables. El segundo rasgo es una peculiar ambivalencia a la que haremos referencia en diferentes momentos de este estudio. Cuando se enfrentaban a una autoridad fuerte, ya fuera un monarca, un presidente que hiciera un uso exhaustivo de sus facultades o un dictador militar, prevalecía la solidaridad y los distintos grupos familiares solían fundirse en un frente común de resistencia latente o abierto. Sin embargo, en cuanto ellas mismas pasaban a ocupar puestos de poder decisivos —lo que fue especialmente frecuente en la *belle époque*—, las divisiones se imponían y surgían rivalidades que podían desembocar incluso en contiendas dirimidas con el uso de la violencia. Un efecto similar puede observarse al encontrarse colectivamente en apuros, por ejemplo, cuando unas élites provinciales entraban en declive económico. En estas circunstancias, el resultado era una competencia feroz por las prebendas que quedaban.

No es fácil ir más allá del concepto de red y definir las particularidades de la asociación de familias de capa alta con mayor precisión terminológica. La defensa sistemática de intereses comunes puede verse como un precedente del corporativismo que, hablando siempre en términos generales, se impuso en América Latina a partir de los años veinte del siglo pasado. Sin embargo, no eran comunidades corporativas. El vínculo entre familias individuales no era lo suficientemente firme como para eso y la ambivalencia ya mencionada también se opone a esa tipificación. Por otro lado, a pesar de su clara preminencia sobre el resto de la sociedad, no se les puede denominar «clase gobernante». He evitado con toda la intención este término porque no refleja con precisión la disparidad de recursos e influencia de las capas altas con el resto de la población. Aunque esta capa nutría a «señores», se negó a identificarse y responsabilizarse de la sociedad en su conjunto, como es inmanente al concepto de «gobernar». Por ello, he preferido utilizar términos más vagos como el de «dominación» o «ejercicio del poder» para referirme a las formas en las que desempeñó la mencionada preminencia.

CUESTIONES METODOLÓGICAS

Este estudio se sitúa en la intersección entre la historiografía y la sociología. En su estructura sigue un esquema cronológico, pero los diferentes capítulos no recogen exposiciones historiográficas, sino que se dedican a determinados temas centrales para extraer conclusiones parciales o hacer observaciones transversales. Como complemento a las observaciones y los análisis generales, se incluye también una selección de testimonios y retratos de coetáneos. En general, podría decirse que se sigue el método de investigación social cualitativa de tipo comparativo.

Por su alcance espacial y temporal, traspasa el marco habitual de los trabajos históricos. No se refiere a un país o a una provincia concreta, sino que abarca varios Estados. Además, cubre un buen periodo de ciento cincuenta años. Con el enfoque comparativo, este autor sigue un método que le resulta familiar y que ha demostrado su eficacia en otras investigaciones, como es, por ejemplo, el análisis de la violencia (Waldmann 1989). Hay que admitir que lleva mucho tiempo y requiere un estudio intensivo de casos individuales, a menudo bastante diferentes, sin que siempre se pueda alcanzar un conocimiento satisfactorio de todos ellos. Con todo, proporciona resultados empíricamente fundamentados y plausibles, especialmente al tratarse de comparaciones de similitud en todos los casos. Por ejemplo, si además de la América española, Balmori hubiera tenido en cuenta Brasil en su tesis de las tres generaciones, seguramente habría advertido que no eran necesarias turbulencias políticas ni un aparato estatal poco respetado para que las familias de capa alta aumentaran su relevancia económica y sociopolítica en el siglo XIX. En el Brasil de la monarquía, las condiciones políticas eran relativamente estables, pero los grupos familiares también ganaron poder a nivel local y provincial, a veces incluso alentadas por el propio poder ejecutivo (Uricoechea 1980). En este caso, la razón fue que la burocracia central carecía de los medios materiales y personales necesarios para controlar el inmenso territorio y, por lo tanto, movilizó el apoyo de poderosos clanes familiares. A su vez, estos vieron recompensado ese respaldo con la concesión de un estatus semiformal como jefes de milicias.

Además de Brasil, la muestra incluye Argentina, Chile, México y Perú. Abarca, pues, más de la mitad de todo el territorio

latinoamericano y de su población. Sin embargo, la comparación no se ha llevado a cabo de forma sistemática, sino con mayor o menor intensidad en función de los temas. México, por ejemplo, ha quedado en gran medida fuera de los capítulos sobre la *belle époque* porque esta coincidió con la fase final del Porfiriato (el largo periodo caracterizado por los gobiernos de Porfirio Díaz) y la Revolución, lo que habría complicado considerablemente el análisis. Aunque la atención se ha centrado en los grandes Estados y sus metrópolis, no se ha perdido de vista la situación en las provincias y en los pequeños Estados de Centroamérica. Desde un primer momento, el autor advirtió que regiones compactas, relativamente atrasadas y alejadas en gran medida del control de los centros políticos, eran y siguen siendo un terreno fértil para la aparición de enclaves donde se facilita el ejercicio del poder a un reducido círculo de clanes de capa alta.

Desde una perspectiva temporal, en un principio estaba previsto limitar el estudio al siglo XIX y principios del XX. La revolución y las guerras de independencia parecían marcar un paréntesis histórico, creando nuevas condiciones que ofrecían a los jóvenes con espíritu emprendedor recién llegados de España la oportunidad de hacer carrera como comerciantes, mediante la unión matrimonial con familias terratenientes de larga tradición, para asentar así las bases de dinastías familiares duraderas. Se vislumbraba la posibilidad de realizar un análisis de «la dependencia de la trayectoria» basado en esta situación de crisis y el nuevo comienzo posterior (denominado *critical junctures* en terminología especializada [Collier/Collier 1991]). Sin embargo, un estudio más en profundidad del periodo colonial, sobre todo la lectura de una antología sobre el tema editada por Bernd Schröter y Christian Büschges, me hizo cambiar de idea (Schröter/Büschges 1999). Como escribe Stuart Voss, al describir la situación de los colonos en el noroeste de México: «[...] los recién llegados comenzaron la creación de redes familiares prácticamente desde cero» (Voss 1984, p. 83). No pocas veces, como en el caso de Extremadura, los vínculos entre las familias se remontaban incluso a un origen territorial común (Altman 1992). Al igual que la fundación de municipios, la temprana alianza de los nuevos colonos blancos mediante uniones familiares fue, al parecer, uno de los pasos constitutivos que reafirmaron su pretensión de liderazgo conjunto y la decisión de mantener distancia de la población indígena y otros blancos asentados de forma dispersa.